

Edad del Bronce: los primeros metalúrgicos

Enrique III, ó esa *Historia de los Caballeros de San Juan de Jerusalén*, de la biblioteca de María de Médicis; esas *Poetas* de Bertaut con la cifra de Desportes, ese *Tiempo*, revestido de una de las más ricas encuadernaciones, debidas á la Fanfare, que sea posible ver, esas *Horas de la Señora Delfina*, encuadernadas en mosaico por Padeloup, y esas magníficas vitelas estampadas con delicados arabescos? Todo se debería citar.

La historia de la escritura y de la iluminación de los manuscritos fué confiada á monsieur Delaville-le-Roulx. Esta parte de la exposición es todo cuanto podía ser tan vasta materia encerrada en un cuadro tan reducido. Sin el auxilio de las bibliotecas públicas, muy difícil es presentar documentos y manuscritos de gran importancia; los aficionados tienen pocos y no se desprenden de buena gana de objetos tan frágiles y sensibles al polvo y á la luz; pero á pesar de todo, las épocas más características están representadas por algunas muestras de alto precio. Las más ricas son sin duda los *Cuatro Evangelios* y el *Sacramental* del gran Seminario de Autun, productos tan admirables como poco conocidos del arte carlovingio; y también se apreciará, como una de las más ricas y deliciosas obras de la Escuela flamenca de fines del siglo xv, esas *Horas* de María de Aragón, segunda esposa de D. Manuel de Portugal, pertenecientes á M. Dutilleul. Los orientistas verán con interés algunas bellas miniaturas indo-persas, y particularmente el retrato de Pir Echref Saloun, célebre calígrafo y miniaturista persa del siglo xvi.

Sin tener la pretensión de competir con la incomparable exposición tipográfica de la Biblioteca Nacional, ni querer siquiera recordarla, nuestra exposición histórica de la imprenta, por modesta que sea, merece aprecio. Gracias al concurso de M. Claudin, el emi-

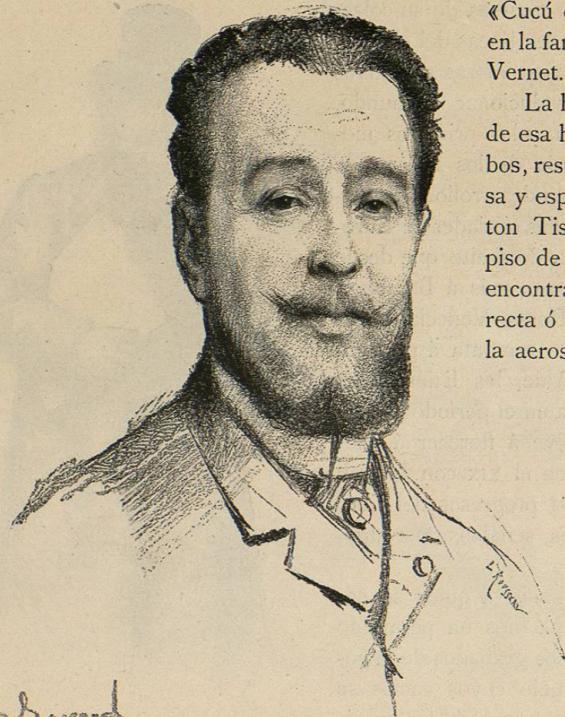
nente librero, y á los preciosos recursos de su colección, he podido trazar las grandes líneas del cuadro, dar á conocer los orígenes y las primeras tentativas de un invento destinado á revolucionar el mundo, los primeros ensayos, sin fecha, y los primeros monumentos, con ella, que salieron de los talleres de Gutenberg; he podido seguir los desarrollos del nuevo arte á través de las principales ciudades de Europa, el progreso de esa mancha de aceite que desde Maguncia, acercándose cada vez más á Bamberg, llega á Colonia, Augsburgo, Roma, Venecia, París, Brujas, Lyon, Londres, etc., se remonta á gran altura en el siglo xvi con los Alde, los Etienne, los Plantin, los de Tournes; entra en el período de decadencia en el siglo xvii, vuelve á florecer á fines del xviii y alcanza su apogeo en el xix con la gran casa Didot. Paralelamente, los progresos del libro ilustrado, sobre todo en Francia, señálanse por algunos tipos célebres.

Al mismo tiempo, M. Duplessis, á quien se encargó la historia de la Estampa, nos ha permitido ver algunos de los más preciosos grabados de la colección Dutuit, brillante bosquejo cuyos vacíos se compensan por la calidad excepcional de las muestras presentadas.

No salgamos de la Sección II sin señalar la hermosa colección de monedas y medallas reunida por M. Chabouillet, sin detenernos embobados en la exposición de los modelos escultóricos para el decorado del teatro de la Ópera, á los cuales un chusco de mal género dió el nombre de «pequeños acuarios» de M. Nutter; y sin dirigir al menos una mirada á la soberbia reconstrucción del Partenón, hecha para el Museo de Nueva York según los dibujos de M. Carlos Chipiez. Los arqueólogos podrán discutir sobre ciertos detalles de esa obra; mas no negarán su carácter serio ni el valor de los detenidos estudios de M. Chipiez.

La sección siguiente está consagrada á la historia de los Medios de Transporte, historia tan picante como nueva, y que con mucha razón excita la más viva curiosidad. Un globo hinchado debajo de la cúpula azul de M. Formigé le sirve de muestra: es la locomoción aérea; la terrestre se halla representada por los aparatos más extravagantes y pintorescos. Por lo pronto vemos un testigo venerable de los primeros ensayos de la locomoción por vapor: es una máquina de bielas verticales de Stephenson, enviada por el Museo de Glasgow, y que data de 1825. Junto á esta máquina rudimentaria se ha expuesto un *facsimile* de la primera locomotora de bielas laterales, conservada en el Museo de Kensington, progreso decisivo en la historia de la tracción por vapor. He aquí el carro antiguo, el trineo, la silla de manos, el *norimon* de los japoneses, y el elefante indio; y más allá un prototipo informe de nuestro velocipedo perfeccionado y del gracioso biciclo (Durham 1810). Entre otras rarezas hállase un ejemplar auténtico del

M. E. MAINDRON,
Jefe de la oficina de los Catálogos



M. PABLO SEDILLE,

Arquitecto de las instalaciones interiores

sy, el distinguido profesor de construcciones, que ha instalado allí y clasificado las principales riquezas del Museo de Modelos y Relieves de la Escuela de Puentes y Calzadas. Es la historia de una de las más hermosas y fecundas formas del arte de construir.

Entre las mil curiosidades que aquélla nos refiere, desde la erección del puente de Gard, construido por los romanos, y el antiguo puente de Cahors, elevado por uno de nuestros grandes arquitectos anónimos del siglo XIII, citaré á la casualidad el viaducto de Newcastle, construido en hierro por Stephenson en 1848; el gran puente giratorio de Brest, obra maestra de mecánica atrevida; el puente de Perrache; los de Mantes y de la Concordia (este último con las elegantes pirámides en bronce que debían coronar [las pilas], por Perronet; el viaducto de Ain; el puente de San Salvador, sobre el Pau; el acueducto de Roquefavour; el viaducto de Chaumont, de tres pisos; y por último, las tres maravillas de la construcción en hierro: los puentes de María Pía, sobre el Duero, el de Garabit, construido por M. Eiffel, y el viaducto de Firth y Forth (Escocia), obra de John Fowler y Baker.

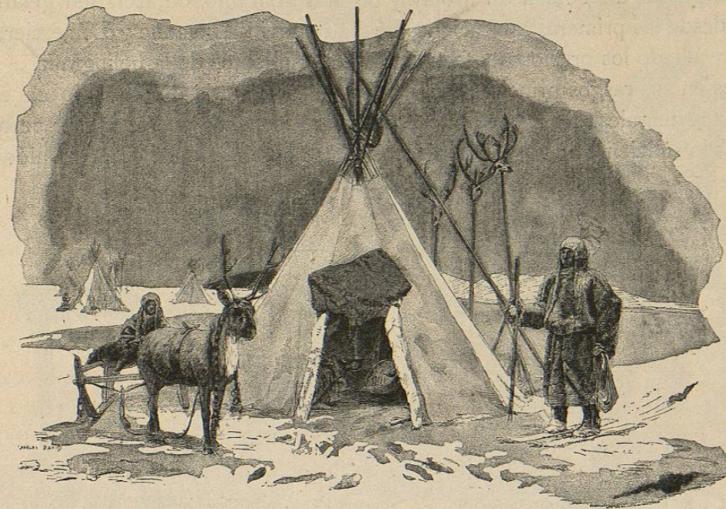
En el primer piso se ven los medios de transporte *activos*: esta notable exposición, que contiene varios miles de documentos geográficos, dibujos, grabados ó fotografías, fué organizada por M. Bixio. Es la historia del movimiento bajo todas sus fases, desde la antigüedad hasta nuestros días.

La última sección de la Historia del Trabajo pertenece á las Artes y Oficios. Ha sido

«Cucú obstinado,» tal como se figura en la famosa lámina de color de Carlos Vernet.

La historia de la locomoción aérea, de esa historia tragi-cómica de los globos, resucita por completo en la inmensa y espléndida colección de M. Gaston Tissandier, ocupando el primer piso de la rotonda central. Seguro es encontrar allí todo cuanto se refiere directa ó indirectamente á la historia de la aerostática; láminas en negro y de color; documentos autógrafos, dibujos, recuerdos, etc.; y hasta se ve el modelo en barro, hecho por Clodion, del gran monumento conmemorativo que debía erigirse á la memoria de los hermanos Montgolfier.

En el piso bajo de la sección hállanse expuestos los medios de transporte que yo llamaré *inertes*: puentes, viaductos, diques y esclusas. Esta parte, muy interesante, fué organizada por M. Choi-



Los samoyedas

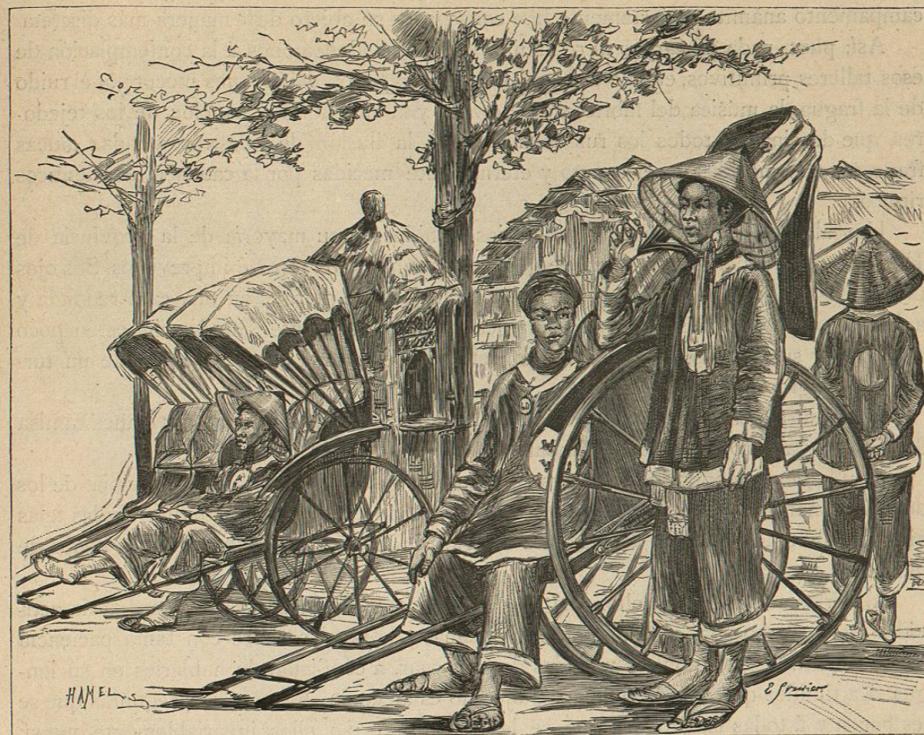
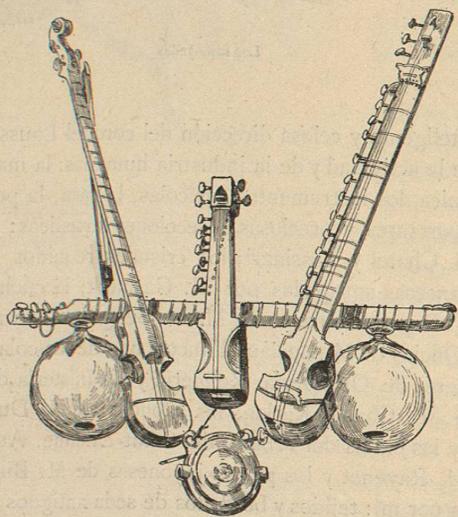
organizada bajo la inteligente y celosa dirección del coronel Laussedat, y comprende las fases más diversas de la actividad y de la industria humanas: la madera, la piedra, el metal, el tejido, la cerámica, los instrumentos agrícolas, la caza, la pesca, la fotografía, etc. Se han expuesto importantes y preciosas colecciones artísticas: aquí se ven los tejidos de Lyon de MM. Chatel y Tassinari; los cristales reunidos por M. Gerspach; las lozas y porcelanas francesas agrupadas por M. Gasnault; la cuchillería de M. Marmuse; los estaños de M. Bapst; las llaves de M. Le Secq des Tournelles; las láminas relativas á las Artes y Oficios de M. Luciano Faucou, uno de los colaboradores más celosos de la sección; los talleres de Orfebrería, Relojería y Ebanistería del siglo XVIII; las maderas incrustadas de M. Chabot Rarlen; las blondas de M. Dupont Auberville y del Museo de Alençon, y las cintas del Museo de Saint-Etienne. Aquí se ven también los peines europeos de M. Ravenet y los peines japoneses de M. Bing; más lejos están las colecciones expuestas por mí: tejidos y bordados de seda antiguos del Japón, del siglo XI hasta fines del XVIII; cerámicas japonesas de todas las provincias (Karatsou, Seto, Owari, Kioto, Koutani, Bizen, Takatori, Shigaraki, etc.); todas las fabricaciones (porcelanas duras ó blandas, lozas finas, objetos de alfarería, con baño brillante ó de tosco barro); todos los artistas (Shinno, Oribei, Ninsei, Kenzan, Ofoukei, Kinkozan, Banko, Minpei, Tokonabé, Yeirakou, etc.); y todas las épocas, desde el siglo XIV hasta principios del XIX.

Por último, y esta no es la parte menos instructiva de la Historia del Trabajo, la sección de Artes y Oficios ha reunido los elementos de una historia del invento de la Fotografía, que si bien de reciente fecha para nosotros, parece ya antiguo por los progresos realizados. Los testimonios vivientes de su principio han llegado á ser sumamente raros en razón de su fragilidad misma, y por eso han sido necesarios grandes esfuerzos para agrupar los datos, presentando á los curiosos muestras cronológicas significativas, desde

las primeras investigaciones de Bayard, Niepce y Daguerre (1839-1850), hasta los interesantes ensayos de la fotografía en color, de Carlos Cros; desde la tentativa de impresión con tintas grasas, de Tessier du Motay y de Marechal hijo, de Metz, en gelatina bicromatada; desde las primeras aplicaciones de A. Poitevin, Davanne y Lemercier, que dieron por resultado los preciosos y fecundos descubrimientos de la heliografía.

Tal es en sus rasgos principales el cuadro de la Historia del Trabajo en el Palacio de las Artes liberales. No he ocultado los vacíos y defectos que se notan; pero creo haber indicado suficientemente el interés que ofrece al público esa vasta reunión de documentos.

Luis GONSE



Los empujadores

EL VILLAJO TONQUINÉS

Un patio cerrado, circuido por todas partes de cabañas de bambú y chamiza y cubiertas de ramaje y paja, en las cuales se ejercen raras industrias, he aquí el villorrio tonkinés. La primera impresión que se experimenta es un sentimiento de vaga desconfianza, respecto de esta condensada exhibición: parece que se haya sacrificado el color local, la reproducción viva de un pueblo del extremo Oriente á una hábil exposición retrospectiva del trabajo anamita. A pesar nuestro, evocamos las cabañas aisladas en los junglares, los largos villajos diseminados á orillas de insalubres ríos, y esta visión de un país nunca entrevisto nos perseguiría, si la habilidad, la evidente sinceridad con que se ha reproducido todo un pueblo, no se revelara interesante y persuasiva á proporción que la visita se hace con más seriedad y reflexión.

Y ¿qué importa la inverosimilitud de este pueblo compendiado si se revela en él una civilización completa? Acaso no está aquí la verdadera cabaña tonkinesa, á cuya minuciosa reproducción hubiera sido insensible el público; acaso es penoso también el sacrificio que deben hacer los asiduos rebuscadores de lo pintoresco local; pero recordemos que las cabañas de la Explanada constituyen un pueblo de exposición, de vulgarización, em-